

**WISKEY**  
Los peligros que encierra la caza de fieras o animales grandes, son casi siempre exagerados a voluntad. Las fieras verdaderamente peligrosas, es decir, que atacan sin provocación, son, como los animales invulnerables, en el dominio de las leyendas.

Cuando el terreno se presta, se puede caer montado a caballo, lo que causa mucho más placer y menos cansancio. Se parte a las primeras horas del alba o un poco antes del aclarecer, pues en los países sin crepúsculo, basta una media hora en cuanto el cielo pálidice al oriente para ver aparecer el sol majestuoso que una hora más tarde iluminará con sus rayos abrazadores. El momento más oportuno, cuando la tierra guarda aún el frescor de la refrigeración nocturna, es de corta duración, conviene, pues aprovecharlo.

Más de la mitad de los 25 años que pasé en la Indochina, casi todos los días, durante la temporada de las lluvias, salía a las 5 de la mañana para regresar a las ocho, antes de los fuertes calores.

Las costumbres de los grandes herbívoros varían según las temporadas de sequía o de lluvia.

Las vastas llanuras, cubiertas de cañaverales, es el lugar preferido por los búfalos salvajes, pero suele verse algunos en las zonas pantanosas, lagunas y selva inundada, vecinas de la costa; los bueyes se encuentran con frecuencia en la selva clara; los elefantes viven en todas partes, pero el hallazgo de rastros frescos no indica la proximidad de los animales, estos grandes andarines llegan durante la noche hasta los cultivos y al alba vuelven a internarse en la selva virgen.

Cierta vez, un búfalo se había acantonado a 3 o 4 kilómetros de mi residencia y no tardé en reconocer en los claros donde salía de noche a pastar, los rastros de sus largos cascos, muy distintos de los de los búfalos domésticos.

Una mañana del mes de mayo, me hallaba recorriendo muy de madrugada la costa del mar, cuando de repente llamaronme la atención las huellas profundamente marcadas en la arena, de largos cascos ahorquillados; eran los rastros frescos de mi amigo el búfalo, que sin duda alguna había venido a bañarse momentos antes.

De inmediato seguí los rastros a través de los médanos; una vez llegado a la orilla de la selva las huellas se internaban bajo un árbolido immense, en quebradas inextensas, llenas de enredaderas y plantas espinosas.

Lo perseguí más de una hora, avanzando con precaución y sin ruido, apartando la vegetación con mi mano libre, siguiendo con la vista las huellas del búfalo y escudriñando la maleza, andaba muy lentamente, habiendo recorrido apenas tres kilómetros.

Un estrecho de ramas quebradas a corta distancia de donde me hallaba hizo me acurrucar rápidamente, a tiempo para apercibirla dentro de la maleza que se cerraba sobre su cuerpo sombrío. Apunté y tiré al bullo, de pronto oí netamente la caída del cuerpo, luego un ruido como si tratara de levantarse y adelantar con movimientos bruscos. Me aproximé al animal, el cual estando imposibilitado para huir, me contempló con la cabeza alta, sin pérdida de tiempo, le envié dos balas sucesivas en el pes-

## Sobre la pista de las grandes fieras

Por Juan B. Courtade

que yo lo abatieron definitivamente.

Poco tiempo antes de la muerte de ese búfalo, buscando su pista en un claro que solía frequentar, atravesando la maleza, mirando maquinamente delante de mí, creí ver algo que se movía.

Detrás de un tronco de árbol quebrado, un animal me acechaba; distinguía solamente el contorno de su frente y dos orejas. Sería un tigre, una pantera? Largo mi rienda, me apeo y tiro. Al recibir la bala, el animal se encabrita, era una linda pantera, de pronto se escapa a largos saltos, le envíe otra bala al vuelo, rueda sobre ella misma y quedó tendida.

Los tigres generalmente no se ven de día, hace centenares de ex-

cepciones que lo abatieron definitivamente.

Preparé mi arma, apunte e hice fuego. La bala debió pasar cerca, pues vi el polvo que levantó detrás del animal, que saltó hacia el sitio donde dió la bala y quedó inmóvil frente a mí, a 300 metros de distancia. Volví a cargar mi rifle y apuntando más detenidamente hice fuego. El ruido que respondió al de mi fusil me convenció de que le había herido. Dió un salto hacia adelante y se paró unos segundos y principió a correr alrededor del sitio que me encontraba, mirando y escuchando con atención. Iba a cargar de nuevo mi arma,

frente, y un león herido es un enemigo peligrosísimo.

A unos doscientos metros del león había otro nido, junto al que crecían dos árboles corpulentos y comprendiendo que desde la copa de uno de ellos podría descubrir algo, regresé adonde habían quedado mis indígenas; llame a uno de ellos, y dando un rodeo llegamos detrás de los árboles.

El negro subió, pero nada vió; al empezar a bajar lo hacia charlando en voz alta, y dos cerdos verrugosos que estaban durmiendo cerca del árbol, salieron huyendo espantados en dirección al paraje donde se ocultaba el león.

La fiera debió oírlos y preparóse al ataque. El nativo le vi ponerse de pie entre la hierba y me gritó: "Señor, señor, vea al león; suba al árbol y lo verá".

Trepé hasta las ramas más bajas, y cuando llegué a unos tres metros del suelo, le vi perfectamente a través de la hierba. El animal alarmado escuchaba nuestra conversación. Me afancé en mi puesto, apunte y disparé una vez más.

El proyectil no dió en el blanco; pero produjo un excelente efecto, porque el león salió de su escondite y vino resueltamente hacia nosotros.

Al principio, parecía que tenía paralizado el cuarto trasero; pero recobrando fuerza a cada paso que daba y rugiendo de una manera aterradora se le veía dispuesto a despedazar al que cayera entre sus garras.

Le dejé aproximarse y entonces disparé sobre él con bala explosiva, destrozándole el corazón, produciéndole la muerte instantánea.

Era un bonito y robusto animal, en la flor de su edad, provisto de una buena melena para un león de costa, muy espesa y bastante gruesa. La caza más atractiva es la de los elefantes.

Un día, muy temprano, seguía desde más de una hora un sendero arenoso, cuando al doblar un recodo apercibí un arbusto recientemente arrancado sobre el borde del camino y al mismo tiempo todo el suelo pisado, ramas quebradas y tierra removida de todos lados, atestiguaba claramente el paso de un elefante. Até mi caballo ensillado en un árbol y penetré resuelto en la selva virgen, persiguiendo mi presa. Seguí durante más de dos horas la pista, alejándome cada vez más de mi punto de partida; ya principiaba a desesperar, cuando fui sorprendido por un ligero ruido que me llamó la atención. Era un ronquido rítmico, parecido a un hombre dormido. Avancé cautelosamente y muy pronto me encontré delante de un enorme elefante, completamente extendido sobre el flanco derecho.

Estaba a cinco pasos de distancia, a la altura de las patas delanteras, de las cuales distinguía perfectamente sus plantas y parte de la trompa.

Pero, ¿cómo tirar, para alcanzar con seguridad el cerebro, que ocupa un espacio tan chico en ese inmenso cráneo. Me acerqué a dos metros de distancia, frente a la cabeza, y tiré en pleno centro, luego, inmediatamente, me aproximé y dispuse dos balazos dentro de la oreja, quedando la enorme mole inerte.

## ZARZA FLORIDA

### Amargura

¡Ah, cómo es bella! Confundidos, ritmos, metáforas y glosas surgen en vano tras la gracia de su hermosura triunfadora, que el Verso mismo empalidece cuando en sus tules se la evoca!

Se han conjurado abiertamente todas mis ansias, Señor, todas, para mezclar esencias, miedos, luces, gorjeos y corolas y alzar su imagen en el cáliz tereso y castizo de la estrofa.

¡Y todo en vano! Su belleza no irrisará jamás mis trovas, que — como a flor de maravilla la espera el mármol de las Diosas; el serenísimo homenaje del arte espléndido de Zonza!

... Señor, Señor  
por qué no habré sido escultor?  
Miguel de ARZUBIAGA.

cursiones en sus dominios y la mayoría de los que caíz lo fueron ya muy avanzada la noche.

Cierta vez, atravesaba acompañado de tres indígenas, una llanura en la que abundaban los nidos de hormigas, seguía una dirección paralela al río, pero por fuera de la maleza de las márgenes.

De repente, a unos 600 metros de nosotros, descubrí dos leones. Las fieras nos vieron al mismo tiempo y se pararon vigilándonos. Nosotros hicimos lo mismo. A poco empecé a avanzar, los leones también se movieron. Uno de ellos era enorme, monstruoso; el otro era una hembra. Seguí avanzando y descubrí el tercer león, ocultado hasta entonces por un nido de hormigas.

Toreé a la izquierda con objeto de interponer otro nido entre los leones y yo. El nido de hormigas tenía unos seis metros de diámetro en la base y unos cuatro y medio

pero no pude, porque el animal se dirigió hacia mí, y comprendiendo que el movimiento más ligero por mi parte llamaría su atención, permanecí inmóvil. El león que había llegado a unos ciento cincuenta metros de donde estaba yo, no me descubrió. La fiera dió una vuelta alrededor del nido de hormigas en donde yo me hallaba y volvió a detenerse frente a mí. Aproveché el momento, volví a cargar mi fusil y disparé por tercera vez.

El león lanzó un rugido, saltó hacia adelante y se dirigió corriendo hacia mí; pero casi al momento se volvió y se dirigió a otro nido de hormigas en cuya cima crecían algunos arbustos. Antes que llegara a él disparé de nuevo y el animal cayó, pero volvió a levantarse. Llegó al nido de hormigas y desapareció entre la maleza.

Aproximarse al sitio por donde había desaparecido el animal, era exponerse a un ataque frente a